

del descubrimiento de la pintura al óleo y de las desgracias de los Fósari han pasado algo lejos del instante en que se relatan; todo lo relativo á Granada es algo mas lejano aún; pero tales son las libertades que están permitidas al novelista con la historia, y que le sirven para dar colorido á un tiempo tan trascendental como la primera mitad del Renacimiento y segunda mitad del siglo Décimoquinto.

Aparte de esto, yo creo con firme creencia que no he perdonado medio alguno de mostrar la época, fantaseándola un tanto con la imaginación, pero describiéndola en toda su verdad.

Durante mis viajes por Italia, mil veces me asaltó la idea de pintar la resurrección pagana hecha por los conjuros del arte; creo haberlo conseguido, pintando el tipo de Lippi, y entrego mi obra con verdadera confianza al público de Europa y América que me ha escitado á mis trabajos y me ha sostenido en ellos con su inagotable benevolencia.

Emilio Castelar.

Debo hacer al que leyere algunas advertencias sobre los hechos históricos y reales contenidos en esta novela. En el tiempo que duró la vida de Lippi se halla sujeto aun á gran parte de las controversias y el mismo período de los pintores italianos. En sus escritos nada menos que en veintinueve años se ha escrito y publicado. Esta novela, pues, trata de un tiempo que se trata de la novela, pues he querido escribir en ella hechos que en varios otros períodos característicos del siglo que se quiere ajustar á la invención de los argumentos. Por ejemplo, el monasterio de San Marcos donde estaba Lippi se erigió un poco mas tarde ciertamente de lo que yo he escrito en mi novela, el monasterio de San Marcos era ya una gran casa cuando yo le hago hablar como si fuera un personaje histórico.

que aparecen reyes y armonías como las estancias de una oda ó como las notas de una sinfonia. La Loggia de Orcagna, que á la parte meridional de aquel foro florentino se levanta, tiene sus materiales mucho mas pulidos que el Palacio Viejo, situado al Oeste, confundidas con muro tanmaso de reyes italianos, posteriormente acomodada á las exigencias de una vivienda. Mas, al lado de la fuente, ved aquellos arcos y las arcadas y columnas de mármoles que se levantan, que parecen la crestería de una Iglesia; con tanta gracia que se ve el pueblo de la patria en el eco de las campanas, se ve el pueblo de la patria en el eco de las campanas, se ve el pueblo de la patria en el eco de las campanas.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo aquel que puede abrir las puertas del Cielo á un pecador, no puede cerrar las puertas de Florencia á un desterrado.

Hermosa la plaza florentina de la Señoría en todo tiempo, hermosísima cuando la llenaban los coros para quienes tanto teatro fué erigido, los bandos de un pueblo libre, las escuelas de libres é inspirados artistas. La Florencia moderna, oscuro burgo etrusco en los tiempos clásicos, tiene tanto derecho á la gratitud del género humano como la Atenas antigua. Produjo la una esta trilogía: la ciencia, el arte, la política. Y la otra la encontró, cuando estaba como perdida entre las ruinas amontonadas por los bárbaros. Atenas ha esculpido y cincelado la personalidad humana: Florencia ha hecho el Renacimiento, la montaña del Tabor, donde esa personalidad se ha transformado, reuniendo en sí como las corrientes de dos rios inmensos; la vida del Espíritu y la vida de la Naturaleza. Yo nunca he pasado por aquella plaza de Florencia sin decir: aquí ha vuelto el alma humana á la relación estrecha con el Universo, al goce del Arte, al derecho de la Libertad. Imaginaos, si podeis, esta Plaza de la Señoría á la mitad del siglo décimoquinto. El Palacio Viejo la llena con su sombra, ilustre albergue del pueblo, donde se reúne el gobierno de la República. La Lógia llamada de Orcagna se extiende haciendo esquina, frente á frente del palacio, y sostentando sus tres gallardos arcos, en los cuales parece como que van á mezclarse los crepúsculos de dos épocas. Allí resplandece el carácter de este pueblo florentino. Los materiales de uno y otro monumento son toscos, cual tosca es la Naturaleza; piedras inmensas arrancadas al lecho de un torrente, al desgajamiento de una montaña, al cráter de un apagado volcán, y luego sobrepuestas con tanta ligereza y reguladas con tanto arte,

que aparecen aéreas y armoniosas como las estancias de una oda ó como las notas de una sinfonía. La Lógia de Orcagna, que á la parte meridional de aquel foro florentino se levanta, tiene sus materiales mucho más pulidos; pero el Palacio Viejo, situado al Oriente, confundiríase con muro inmenso de ceñuda fortaleza posteriormente acomodada á las exigencias de una vivienda. Mas, alzad la frente, ved aquellos adarbes y ladroneras y remates de tan maravillosa suerte contruidos, que semejan la crestería de una Iglesia; contemplad aquella torre de donde bajó sobre el pueblo la voz de la patria en el eco de las campanas, sí, aquella torre gallardísima; y decidme si en vez de una fortaleza aparejada á sostener los embates de un pueblo, como el escollo en medio de las hirvientes olas, no os parece un santuario de la poesía y del arte.

En el siglo décimo-quinto, no tenia la plaza mayor de Florencia las esculturas que hoy guarda; ni el David de Miguel Angel parecia á la puerta del Palacio un atleta griego venido á velar por la segunda Atenas; ni el Perseo de Cellini un Dios vencedor, en cuyas aras la legion que vuelve del campo ó la teoría que se parte hácia el mar ofrecen libaciones y sacrificios. Mucho ménos se veían aún las estatuas ecuestres de los tiranos, unidas con los simulacros encontrados entre las ruinas y con los grupos violentísimos y las fuentes teatrales de los escultores de la decadencia. Pero se veían animados por la vivacidad propia de su raza, encendidos en las competencias necesarias á la libertad, escitados por los ejercicios de la elocuencia, llenos de pasiones y llenos de ideas, los bandos diversos de la República divididos en órdenes y en clases por la naturaleza propia de aquellos tiempos y la Constitucion de aquella sociedad.

Si no quereis mirarlos bajo otros aspectos, miradlos bajo el aspecto pictórico, miradlos en sus trages. Junto á la veste del plebeyo, toda de lana, aunque lana de varios colores, los brocados y las telas de las otras clases mas elevadas por su posición y por su riqueza: el damasco de Sicilia, el raso de España, el tafetan de Nápoles, la sarga de Africa, el terciopelo de las ciudades anseáticas, trages todos de variadísimos colores y de riquísimas telas, ornados con guirnaldas, con espigas, con arabescos de diversas clases, con grifos, con basiliscos lanzando llamas de sus fauces, con pájaros de varios colores, con manzanas de oro circuidas por hojas y ramas de laurel, con los mil dibujos de aquella edad tan rica en las gallardías y en las preseas del arte. Mirad esos gentiles mancebos que pasan, miradlos y encontrareis que admirar en ellos desde los piés á la cabeza, no solamente por su apostura que se diria escultórica, sino tambien por su trage; las calzas blancas y azules de riquísima seda, la ropilla de púrpura brochada con oro y gualda, la capa de terciopelo negro circuida de pieles blancas, el cinto cuajado de pedrería con su puñal y su espada, la gorra florentina como aún campea por los bajo-relieves de Guiberthi ó Donatello, con la pluma blanca que cae sobre los hombros; la riqueza

propia de un tiempo en que Italia tiene las tres primeras factorías del mundo, llamadas con los tres nombres inmortales de Venecia al Este, Génova al Oeste, Florencia al centro.

En una tarde de fines de Agosto, allá por el año 1434, multitud de estas gentes nobles se agrupaban en torno de la Lógia de Orcagna, como aguardando alguna noticia ó algun suceso. Tratábase de renovar el cargo de Gonfaloniero de la República y los ocho señores de su consejo. La suerte, y no la voluntad de los ciudadanos, designaba estas magistraturas; y ya puede imaginarse con cuanta atencion y anhelo esperarían las decisiones de la suerte aquellos que libraban á sus empeños y porfías la libertad, la honra y la hacienda. En efecto, cerca de un año hacia que mandaba el partido de la aristocracia á consecuencia de la expulsión de Cosme de Medicis, gran señor, á quien sus riquezas daban desmedido influjo sobre la plebe dispuesta á dejarse por él dirigir, con tal que él dirigiese todo su poder contra la nobleza. Un minuto, un número, un nombre podían cambiar los fundamentos de la República y trasladar de una clase á otra clase opuesta y contraria la dirección de aquella sociedad. Cuantos rumores dignos de figurar, si no por su intensidad, por su acento, al lado del hervir de los huracanes, del bramar de las hondas, del estruendo de la tempestad, cuando apareció bajo la artística curva de los arcos el magistrado venido á dar cuenta del sorteo. Mas cuando ya se adelantaba á decir su cometido, reprimiéronse todos los alientos, callaron todas las voces, no se oyó ni siquiera el clamoreo de los vendedores, como si toda vida se hubiera suspendido, y resultó designado por la suerte y puesto al frente de la República en el cargo de Gonfaloniero Nicolás de Cocco, partidario de los vencidos. Habéis visto bandadas de pintados pajarillos por mano pródiga y generosa al cebo atraídos, levantarse en tropel, correr y volar en todas direcciones, dejando en un segundo libre el sitio que ántes ocupaban con alegría y algazara, porque, ó bien inesperado ruido ó bien fugaz sombra, los ha violentamente espantado. Pues de esta misma suerte se fueron aquellos ataviados nobles en todas direcciones dejando la plaza entregada al jubiloso estruendo que metían los vencedores, los agraciados por la casualidad, los levantiscos plebeyos.

¿A dónde iban los nobles? Pues iban á ver á Messer Rinaldo de los Albizzi, gefe reconocido de su bando. En efecto, á los pocos minutos de haber salido el nuevo Gonfaloniero, la casa del antiguo partidario estaba henchida de gentes. En las magnificas argollas suspensas de la fachada principal veíanse atados los caballos de los primeramente venidos al cuidado de lujosos palafreneros. Luego, desde el medio punto de la puerta, especie de arco triunfal, hasta el medio punto donde terminaba la escalera, en patio gótico sobre cuyos espacios se abrian grandes vidrieras de colores sostenidas en caprichoso enrejado de plomo, departían tendidos ó sentados ó

propia de un tiempo en que Italia tiene las tres primeras facturas del mundo, llamadas con los tres nombres inmortales de Venecia, el Este.

-10-

de pié, pages, heraldos, maceros, gentes de armas y gentes de servicio, vestidos todos con el lujo y el aparato propios de la época. Por las genuflexiones que provocaban, por la sencillez y la superioridad del traje que vestían, distinguíanse los recién llegados con facultad de pasar al interior de la casa y detenerse en sus salones. Las tetricas miradas, las palabras misteriosas, los apretones de manos decían bien claramente que algo extraordinario pasaba y que se imponían supremas resoluciones. Apesar de que todos aquellos hombres formaban un solo partido, dividíanse dentro de este partido en grupos á quienes daba mayor ó menor cohesion la afinidad de sentimientos ó ideas, respectó á los remedios más ó menos enérgicos que debían aplicarse á los males del momento y las satisfacciones más ó menos seguras que debían darse á las necesidades de la patria. Desde luego un observador que hubiera visto las delineadas facciones de Rinaldo, su frente estrecha, capaz de pocas ideas, su pecho ancho, capaz de muchas resoluciones, sus largas narices y su breve boca, la diminuta cabeza y la roja barba, lo nervudo de sus brazos y lo avellanado de su cuerpo, le toma á seguida por el hombre de aquella crisis, por el héroe de las resoluciones supremas.

Mirad el salon maravilloso en que están reunidos todos aquellos hombres y reconocereis el Renacimiento florentino. Es largo, estrecho y hasta de forma irregular en sus extremos. Ancha ventana, abierta á uno de los ángulos, al través de vidrios espesos donde brillan dibujos de colores vivos y resaltan figuras de varios matices, ciernen la tibia luz del dia, apagada por los edificios de estrecha calle y los aleros de anchos tejados. Un círculo se eleva sobre la puerta, un círculo de porcelana, embellecido por sus barnices metálicos que ha descubierto y aplicado gentil florentino todavía vivo, y en los cuales nadan, entre arreboles, como si surgieran de un arco iris sorprendente, la Virgen María acompañada de coros angelicos que tocan toda suerte de instrumentos, y ceñida de guirnaldas que ostentan á su vez en rica variedad, aves del cielo y flores del campo, frutos de los árboles y estrellas y luceros del empiro. El gran escudo de la familia á que el palacio pertenece está frente á frente de la obra artistica; y en él resaltan mezclados los signos de la guerra con los signos del trabajo, como caracterizando la nobleza florentina de hermana mayor, y no otra cosa mas, en la comun familia de una gran democracia. Los techos son planos y de maderas oscuras, con muchas vigas y pocos adornos; los suelos bellísimos por esos mosaicos grafíticos en que mármoles blancos y negros trazan caprichosas figuras; las paredes espléndidas á causa de los tapices donde ya se mezcla á la lana la seda, y á la seda los hilillos de oro y plata, formando tegidos de un valor indecible, que representan al par de escenas evangélicas escenas paganas, y juntan los apóstoles con los dioses, y el triángulo de la Trinidad con el ave de Juno; entre los tapices y á veces sobre ellos; tablas antiguas del Giotto en que ya rompe el arte su cendal teocrático y tablas recientes

-11-

de Fra Angélico en que se oyen aletear y cantar á los ángeles; sobre las mesas de ébano, relojes portátiles de hierro damasquinado, laudes y clavicordios de marfil, jarrones de plata cincelada en Florencia, jarrones de cristal fundido en Venecia, todas las señales del perfecto gusto que reina en los mas bellos productos del humano trabajo. En este teatro poned aquellos vestidos magníficos, aquellas telas de tisú, aquellos collares de piedras, aquellos plumajes de varios colores; y decidme luego si los reunidos de esa suerte no parece que van á una fiesta en vez de ir á una conjuracion y tal vez á una guerra.

Messer Rinaldo se adelanta á recibirlos. Su alta estatura crece entre las sombras del salon y los paños y los pliegues de la túnica riquísima que lo ciñe. Su mano acaricia artístico puñal que pende al cinto de oro cincelado con admirables labores. Sus ojos relampaguean con vislumbres de tigre; sus mejillas arden al calor de la sangre; su barba rubia se enrojece como una barba de fuego. A sus pasos retiembla el suelo y se chocan sobre las mesas los objetos como si los sacudiera un terremoto. El resuello de su pecho airado se oye como una fragua sobre el rumor producido por todos los circunstantes.

—¿Me traéis la fatal nueva?

Les pregunta.

—Nuestros enemigos en el poder.

Le contestan á una.

—Nosotros en el destierro.

Les replica.

—¿En el destierro?

Dicen todos.

—Quizás en el cadalso.

Añade Rinaldo.

Grave estremecimiento de horror sacude á toda la Asamblea y al estremecimiento de horror sigue profundísimo silencio.

—Yo lo anuncié. El destierro infligido á Cosme de Médicis resulta ahora irreparable error. Mucho aquel dia os regocijasteis y bien dije que os regocijábais en vano. ¡Ah! No habia término medio entre honrar ó destronar á tan poderoso magnate. Conservarlo vivo, siquiera fuese en los últimos extremos del mundo, locura evidentísima. Todo ánimo prudente prefiriera tenerlo seguro entre nosotros, sirviéndonos contra su proceder, como prenda pretoria, su persona. Ahora, en el destierro, sin temor á vosotros, sin recelo de perder vida ó hacienda, con emisarios fieles á su devoción y con oro seductor á mano, podrá dar á vuestro exterminio de tan largo tiempo meditado la color quizás de una justa venganza. Y ya lo teneis erigido en tirano; partidario del pueblo como todos los tiranos incipientes; enemigo del noble que refrena sus antojos; sabio, y como tal, pronto á se-

Ustedo tanto teorizó toda la Asamblea, rumor de conjuracion deci-

—12—
ducir esos coros de artistas que tienen como hechizada el alma de la ciudad; rico y capaz de comprar el cuerpo de esa meretriz de mil cabezas que se llama la plebe florentina. Con Cosme de Médicis no podía seguirse mas que una alternativa; servirlo ó matarlo. Hurgar hambrienta fiera contra la cual no se tiene arma alguna requerida, solamente lo hace quien cae en la demencia ó busca la muerte. Ya os lo dije: ó no pongais la mano sobre él, ó si la poneis, nobles, que sea para arrastrarlo. Volverá de su destierro; y ya podemos nosotros apercibirnos á dejar la patria.

—Consejos más fáciles de dar que de seguir, dijo Uzano, palabras á las cuales nos acostumbra la naturaleza de nuestras instituciones republicanas. Un prócer, como tú nacido y criado en Florencia, sueles juzgarla por conceptos universales de tu entendimiento y no por la verdadera realidad histórica, cual si pusieras á tu antojo el Cármen por esta orilla y San Marcos por la otra orilla del Arno. Arbitrariedad igual á dividir la Florencia moderna como la Roma antigua entre plebeyos y patricios no la conozco realmente. Pluguiera á Dios que todos los nobles se hallaran entre nosotros. Pluguérale que las familias poderosas no se encontraran divididas y separadas por anteriores competencias, males recientes de gravedad tanta como los males inventariados. Tú, que tan dado eres á hablar así de la nobleza y arrogarte su representacion y su nombre, dime si tienes contigo á los hijos mismos de tu hermano. De los Guicciardinis, Pedro prefiere los plebeyos á Juan; de los Soderinis Tomás y Nicolás se han ido al bando de la plebe por odio á su tío Francisco. Divide así en tus cálculos el pueblo florentino y verás cuantas cantidades, y de las más preciosas, te resultarán el día de tu cuenta general fallidas.

—Todos nos seguirán, replicó Rinaldo, cuando vean el peligro que corren y la victoria que nos aguarda. Para unir voluntades no hay medio tan seguro como firmeza y celeridad en las resoluciones. Tomemos las armas ya que suena la hora de cortar los nudos. Nuestra incertidumbre resultaría cómplice y cortesana de nuestros enemigos, los cuales, al vernos vacilar, no dudarian ni un punto en perseguirnos y exterminarnos. Tres días quedan á nuestra disposición, y en estos tres días, cada hora que pasa sin acuerdo, nos empuja hácia una derrota sin remedio. Los designados al poder no tomarán posesion sino setenta y dos horas despues de su nombramiento. Que nuestro Gonfaloniero las aproveche. Cada una de ellas vale un siglo. Suene pronto la campana de la Señoría. Reúnase en seguida el pueblo azorado, pues nada tan fácil de sorprender como muchedumbres destituidas de guías y faltas de advertencia. Prívese á los nuevamente nombrados de sus magistraturas, lanzándoles al destierro ó al cadalso. Nómbrase otro gobierno de los nuestros. Los animosos amañan pronto unas elecciones y hasta con el consentimiento de sus enemigos deslumbrados y vencidos.

Un sordo rumor recorrió toda la Asamblea, rumor de reprobacion deci-

—13—
dida. Aquel patriciado guardaba aún amor al derecho y temia que la violacion de tan sagrado principio solamente en su daño redundase. Tales aventuras contrarias á las leyes parecianles comienzo de sistemáticas perturbaciones y fin de toda legalidad republicana. Así, uno de los mas resueltos, de esos que condensan el pensamiento público en una frase afortunada, le dijo estas palabras oportunísimas:

—Barba de oro te llaman, Rinaldo, las gentes, y bien sabe Dios como desearia que te llamasen barba de plata para ver si la nieve de los años, sobre mí tan espesa, te apagaba esos ardores, dándote aquella moderacion á todos los ciudadanos necesaria é indispensable á un jefe de partido en las procelosas tormentas de esta democrática República.

Palabras de adhesion siguieron inmediatamente á esta frase de efecto, pero con tal unanimidad que Rinaldo dejó caer la cabeza sobre el pecho como abrumado por la reprobacion de sus amigos. En tal estado de los ánimos no pareció maravilla, que Strozzi, noble de natural bondadoso y de aspiraciones sencillas, mas apto para el arte que para la política, poco ducho en las contiendas públicas pero avezado á los consejos parlamentarios, dijese poco más ó menos estas palabras:

—Innovar propio es de la plebe. A los patriciados les conviene mas conservar lo antiguo que seguir lo nuevo, porque da fuerza y autoridad el tiempo á sus distinciones y á sus privilegios. Y lo que Rinaldo cavila, ó nos conduce á erigirnos en tiranía permanente, tan dañosa para nosotros como para sus víctimas, ó nos conduce á precipitarnos en mudanzas bajo las cuales sucumbirán tarde ó temprano todos nuestros derechos. Fáciles son de proponer las violencias, sobre todo, á una juventud ansiosa de distinguirse é ilustrarse, difíciles de realizar ante los obstáculos á veces insuperables que á todo cambio opone la triste realidad de la vida. Comenzadas entre el entusiasmo de las pasiones suelen concluir entre el pavor de las catástrofes. Guerras extrañas nos amenazan y no debemos complicarlas con revoluciones internas. Seamos pues los primeros guardadores de la integridad de la patria y de la virtud de sus leyes. Si las vemos por otros atacadas corramos en su auxilio con la conviccion de tocarnos por ministerio de nuestra clase antes la defensa que el ataque. Y en tal caso, y con tal motivo, podríamos cumplir cuanto conviniese á la salud comun, pues medidas dictadas por la necesidad tendrian tanta fuerza en sí como flaqueza las medidas dictadas por el interés ó por el capricho.

—No me atrevo, dijo Rinaldo, á contrariar tantas voluntades enteras y tantas luminosas conciencias. Pero no puedo decir tampoco que habeis llevado la idea vuestra á mi mente ni al ánimo la persuasion incontrastable. Así como ahora tocamos cuan útil fuera la muerte de Cosme á la República y cuan dañoso el destierro, tocaremos mañana la inania de vuestros consejos y la justicia de los míos. Disolvámonos y esperemos, aunque no haya lu-